

EL ESTADO ACTUAL DEL GALDOSISMO NORTEAMERICANO: REFLEXIONES METACRÍTICAS

Akiko Tsuchiya

Quisiera comenzar mi intervención aclarando el significado de mi título. Al referirme al «galdosismo norteamericano», no me refiero solamente a la obra de galdosistas de origen o de nacionalidad norteamericanos, sino a la crítica que ha sido producida por influencia de las prácticas teóricas y culturales de los EEUU. La denominación del «galdosismo norteamericano» la utilizo como una categoría fluida y no excluyente, que intenta incluir la crítica practicada por todos los que hayan sido formados de alguna manera por las instituciones culturales y académicas de Norteamérica. En este sentido, incluyo a todos los distinguidos colegas de este panel, los cuales han recibido su formación crítica e ideológica a través de su participación, en algún momento u otro, en las instituciones académicas norteamericanas. Partiendo de esta definición del «galdosismo norteamericano», intento evitar la reducción esencialista de la identidad crítica de uno a base de la nacionalidad, dando mayor importancia a las fuerzas sociales, culturales e institucionales que colaboran en la formación crítica del mismo.

La segunda parte de mi título, «reflexiones metacríticas», define mi aproximación al análisis del estado actual del galdosismo norteamericano. Debo aclarar, desde el principio, que mi propósito central aquí no es el de resumir o trazar la evolución de la crítica galdosiana, ni es el de valorizar un acercamiento crítico sobre otro, aunque, desde luego, tampoco pretendo ocultar mi propia postura teórica o mantener una neutralidad ideológica falsa e imposible. Lo cierto es que la postura metacrítica convierte a la crítica misma -o sea, el acto crítico en sí- en el objeto de análisis, permitiéndonos un escrutinio de los sistemas estéticos, filosóficos e ideológicos que han posibilitado el desarrollo de ciertos paradigmas interpretativos en determinado momento y contexto. La metacrítica no solamente nos permite someter a un análisis el porqué de los cambios de paradigma por los cuales hemos pasado los galdosistas norteamericanos en los últimos 30 años, sino que también nos lleva a una reevaluación de los paradigmas anteriores y su importancia para el proceso de elaboración de una nueva perspectiva crítica. Habiendo dicho lo anterior, me gustaría aclarar que tampoco pretendo proponer una visión evolutiva o teleológica de la crítica galdosiana hacia un estado de progreso absoluto: reconozco lo problemático que sería privilegiar los acercamientos teóricos del

momento simplemente por ser lo más reciente y, por tanto, más pertinente desde el punto de vista de la crítica actual. Como ha sugerido el crítico norteamericano John Guillory en su análisis de la formación del canon literario en el contexto anglo-americano, el concepto que se tiene de una «tradición» supuestamente totalizadora revela mucho más sobre quienes reconstruyen el canon retrospectivamente, y menos sobre los componentes mismos de esta tradición (p.34). Lo cual es decir que mi propio acto metacrítico será inevitablemente marcado por los prejuicios y las preocupaciones de la comunidad interpretativa de la academia a la cual pertenezco.

A partir de los años '60 y '70, algunos hispanistas norteamericanos, bajo la influencia de la Nueva Crítica anglo-americana, se pusieron a exponer los límites de una crítica positivista cuyos practicantes consideraban la búsqueda de datos históricos, sociológicos y filológicos como una finalidad en sí. La Nueva Crítica, que llegaba a dominar los departamentos de inglés en los años '50 y los de español unas décadas después, se centraba en el texto mismo como una fuente única y privilegiada del significado «total» del objeto literario, cuyo acceso se hacía posible a través de un examen detenido de los rasgos formales y temáticos del texto sin consideración a factores biográficos, históricos e ideológicos supuestamente externos al mismo. Si bien es cierto que, desde la perspectiva de la actualidad, se puede desmantelar con bastante facilidad tal oposición simplista y poco problematizada entre texto y contexto, «lo intrínseco» y «lo extrínseco» la Nueva Crítica sentaba las bases de una crítica literaria que exigiría una consideración específica de los problemas estéticos, filosóficos y teóricos planteados por el texto y el lenguaje literarios.

Un poco posterior a la Nueva Crítica empezaron a popularizarse, en la academia norteamericana, el estructuralismo y la semiótica, teorías que nos concedían un metalenguaje, o sea, un lenguaje crítico más sistemático para la articulación de nuestra experiencia literaria (Barthes, Genette, Todorov, etc.). La narratología, una de las ramas del estructuralismo que se orientaba hacia el establecimiento de una tipología de la narrativa, nos ofrecía nuevas herramientas para el análisis de estructuras y códigos tanto lingüísticos como literarios. Las huellas que dejaban estas teorías en el galdosismo norteamericano representaban uno de los primeros pasos en el cuestionamiento de la crítica sociológica e historicista tradicional, que presumía una relación directa y natural entre la palabra y la realidad socio-histórica que pretendía representar. Como ha señalado con acierto Ignacio Javier López, lo que la crítica anterior no había cuestionado era "la aparente armonía entre significado y significante" (p.98), la cual en realidad quedaba contrarrestada por el "valor irónico del lenguaje" y por "la estructura artística" (p.96). Estas teorías orientadas hacia una consideración de la función mediadora del lenguaje en el sistema de representación que es el texto, nos permitían poner en tela de juicio una visión poco problematizada del realismo como fiel reflejo de la realidad. En las palabras del crítico francés

Roland Barthes: "Ningún modo de escritura era más artificial que el que se pusiera a presentar la descripción más fiel de la Naturaleza" (p.67), una declaración que manifestaba que la estética de «lo real» no era más que una convención. La influencia de la deconstrucción a finales de la década de los '70 presentaba un desafío aun más radical a los límites de la representación, sometiendo a crítica la unidad y la estabilidad del significado textual, la estructura jerárquica del pensamiento binario y la autoridad ontológica del acto interpretativo. Con la deconstrucción, parecían borrarse las fronteras tradicionales entre habla y escritura, literatura y filosofía, historia y ficción.

A estas alturas de la historia crítica galdosiana, no me serviría demasiado reiterar lo ya dicho en las valiosas aportaciones de colegas como John Kronik en sus estudios de los aspectos metaficticios de las novelas galdosianas, Germán Gullón en su análisis de las estrategias narrativas, Diane Urey en su reelaboración de la relación entre historia y ficción en los *Episodios Nacionales*, Hazel Gold en su reevaluación teórica del problema del realismo literario, Harriet Turner en su examen de los sistemas metafóricos en *Fortunata y Jacinta* y muchos otros, quienes se han servido de estas nuevas metodologías con excelentes resultados. Lo más interesante, desde la perspectiva de la metacrítica, sería iluminar la manera en que estas aportaciones, en su conjunto, sentaban las bases de la futura dirección de la crítica galdosiana, igual que en la disciplina más general de la crítica literaria, las teorías orientadas a cuestiones del lenguaje y de la representación permitían el desarrollo de los nuevos acercamientos teóricos interdisciplinarios como el feminismo, el psicoanálisis lacaniano, el Nuevo Historicismo y los estudios culturales. Al mismo tiempo, una perspectiva retrospectiva también nos permite reconocer los límites y peligros de un acercamiento crítico centrado en el objeto textual sin consideración a su relación dialéctica con el contexto social, histórico e ideológico de su producción. Si la crítica sociohistórica tradicional pasaba por alto la función mediadora del lenguaje en la representación literaria, la Nueva Crítica -e incluyo algunas de mis propias obras en esta categoría- incurría con frecuencia en el error casi diametralmente opuesto de negar la función ideológica del lenguaje. A pesar de su rechazo de un concepto poco problematizado de la representación realista, una aproximación predominantemente textual paradójicamente corría el riesgo de reproducir, de otra forma, la falsa neutralidad y pseudo-cientifismo del antiguo positivismo. A través de la transición entre el historicismo tradicional y las nuevas aproximaciones textuales, creo que hemos aprendido una importante lección: la posibilidad de articular una teoría que tomara en consideración la función cultural de la ideología, en sus múltiples y contradictorias manifestaciones, en la estructuración del discurso realista, pero sin divorciar la ideología de los aspectos estéticos de la obra.

Las décadas más recientes representan una época de la nueva historización en la crítica anglo-americana, una tendencia que queda

reflejada en la dirección del galdosismo norteamericano. El feminismo y los estudios culturales son dos orientaciones teóricas que han suscitado gran interés en la presente década, especialmente entre las generaciones más jóvenes. Estudios como los de Lou Charnon-Deutsch, Catherine Jagoe, Stephanie Sieburth y Noël Valis demuestran un fuerte compromiso con estas tendencias críticas recientes y los problemas críticos e ideológicos planteados por ellas. Creo que valdría la pena subrayar aquí que ni la crítica feminista ni la cultural representan un enfoque teórico homogéneo, sino que abarcan una multiplicidad de lecturas diferentes. En el caso de la crítica feminista, por ejemplo, sus comienzos en los Estados Unidos datan de finales de la década de los '60 y se limitaba, en sus orígenes, a presentar una crítica de imágenes y estereotipos negativos de la mujer en obras escritas por hombres. A mediados de los años '70, el feminismo evolucionaba hacia la práctica de la llamada «ginocrítica», o sea, un estudio de la historia, temas, géneros y estructuras de la tradición literaria femenina. Pues, si bien es cierta la novedad de una crítica que, por primera vez, postulaba el sexo, o el género, como una categoría fundamental del análisis literario, esta variedad del feminismo centrado en la reescritura de la historia literaria y en el análisis temático representaba una vuelta a los postulados de la crítica sociológica tradicional que imperaba antes de que se sintiera el impacto de la Nueva Crítica anglo-americana.

Durante esos mismos años se estaba desarrollando en Francia otra corriente del feminismo más filosófica formada en la deconstrucción de Derrida y el psicoanálisis de Lacan. Este último, en su consideración de la función del lenguaje en la formación del sujeto y de la identidad sexual, representaba una influencia clave en las feministas francesas como Hélène Cixous, Luce Irigaray y Julia Kristeva. En las obras teóricas de estas feministas, se proponían la desmitificación del sistema de representación falocéntrico aparentemente natural y el desmantelamiento del pensamiento binarista en que se fundamentaba la construcción de la identidad sexual. Está de más decir que los aportes de estas feministas no hubieran sido posibles sin la infraestructura teórica establecida por el estructuralismo, la semiología y la deconstrucción, tendencias que, como ya se ha indicado, permitían el cuestionamiento de una correspondencia directa y natural entre la palabra y la realidad representada.

El planteamiento de las cuestiones en torno al género, desde una aproximación feminista contemporánea, está íntimamente vinculado al concepto de la ideología como sistema de valores e ideas representado por medio del discurso lingüístico. Desde esta perspectiva, el texto no representa un mero repositorio de una ideología coherente y transparente originada en el autor o en la sociedad de la cual forma parte, sino que es un objeto cifrado donde compiten múltiples y contradictorias ideologías producidas por sistemas de significación arbitrarios. Las prácticas teóricas de la reciente crítica galdosiana, en particular de las críticas citadas arriba, comparten algunas de las preocupaciones de los Nuevos Historicistas

(Greenblatt, Montrose, Dollimore, etc.) y de los críticos culturales en la academia anglo-americana. En contraste con los antiguos historicistas, cuya práctica interpretativa se fundamentaba en un concepto mimético del arte, estos teóricos se sirven de nociones de la textualidad y de la discursividad propuestas por las teorías postestructuralistas para redefinir la relación entre escritura y sociedad, entre textos y el sistema cultural en que aquéllos fueron producidos. En las palabras del nuevo historicista Stephen Greenblatt: "la auto-conciencia metodológica es uno de los rasgos que distingue el nuevo historicismo y los estudios culturales de un historicismo basado en una fe en la transparencia de signos y de procesos interpretativos" (p.12). Como ha señalado Louis Montrose, en dicho contexto teórico, escritura y cultura, estética e ideología, no se consideran términos antitéticos e incompatibles, sino interdependientes y mutuamente constituidos en un proceso dialéctico. De ahí que, en las palabras del mismo crítico, la nueva orientación historicista se caracterice por una preocupación simultánea por "la historicidad de textos" y "la textualidad de la historia". (p.20)

Montrose se refiere a la introducción de la obra de Frank Lentricchia, *Después de la Nueva Crítica*, en la cual se establece una conexión, por sus tendencias teleológicas y totalizadoras, entre el historicismo tradicional y "los impulsos antihistóricos de las teorías formalistas" (p.20). El primero pretendía preservar la narrativa totalizadora de la historia escatológica cristiana o de un marxismo clásico fundamentado en una visión teleológica del progreso social. El segundo, de un modo igualmente ingenuo, pretendía sostener la autonomía y organicidad del objeto estético, divorciándolo de las contingencias del contexto sociohistórico. Al enfrentarnos con estas dos formulaciones teóricas aparentemente antitéticas nos encontramos en la encrucijada de los estudios literarios y culturales. El peligro es de fomentar esta dicotomía metodológica e ideológica, o volviendo a una postura historicista positivista o retirándonos en el indeterminismo y relativismo lingüísticos de una postura deconstructiva. ¿Cuál debe ser, entonces, el proyecto del crítico literario ante esta nueva crisis epistemológica?

La respuesta no es fácil, como cualquier postura crítica que adoptemos será producto de nuestra formación como sujetos históricos dentro de un contexto sociocultural e institucional concreto en determinado lugar y momento. Como ha señalado Guillory, la práctica crítica jamás ocurre en un terreno neutral, sino que está basada en el consenso de una comunidad interpretativa específica (pp.26-27). Los galdosistas formados en la tradición positivista y que jamás han tenido ocasión de poner en tela de juicio su proyecto seguirán en busca de datos sin insertar sus «descubrimientos» en marco crítico alguno, igual que los historicistas tradicionales podrán seguir sin cuestionar la definición del texto realista como un repositorio de ideas y valores pre-existentes en el mundo sociohistórico. Pero tampoco quiero hacer chivos expiatorios de los positivistas y los historicistas tradicionales, como también algunos galdosistas que se han subido al carro de las nuevas

teorías han sido capaces de aplicar una sola metodología, convirtiéndola en una especie de obsesión, sin reflexionar sobre los condicionantes históricos de su propio acto de interpretación. Además, el valor que han cobrado las nuevas aproximaciones teóricas en el mercado académico norteamericano, ha llevado a la rápida asimilación de las teorías más novedosas y la valorización de ciertas etiquetas teóricas sobre otras. El resultado, en algunos casos, ha sido el rebautizo, digamos, de la práctica crítica tradicional bajo otra etiqueta. Por ejemplo, reconozco que uno de los aportes de los estudios culturales ha sido la interrogación del privilegio concedido al texto literario canonizado sobre otras prácticas discursivas marginadas de la cultura popular. Sin embargo, si bien es cierto que estos discursos populares constituyen importantes fuentes de información, me parece problemático decir que el hecho de que uno haya ido a los archivos en busca de estos discursos signifique un acto de crítica cultural en sí, si se sigue interpretando el texto literario en función de una ideología unívoca «contenida» en estos discursos. Bien podría existir el caso hipotético de un crítico sociológico que, al descubrir las teorías más recientes, se da cuenta de que ha sido crítico cultural toda la vida sin haber sido consciente de ello. Sin la conciencia metacrítica no creo que pueda existir la crítica cultural.

Para concluir, quisiera reflexionar sobre el impacto que ha tenido la teoría en general en el galdosismo norteamericano. Algunos galdosianos no metidos en nuestra tradición crítica tal vez dudarán de la utilidad de la teoría para el acto de interpretación, sobre todo si los paradigmas teóricos, como hemos visto, van cambiando de década a década. Sin embargo, lo cierto es que la misma disciplina de la teoría literaria nos ha permitido una conciencia de la carencia de un discurso totalizador que nos pueda dar acceso a verdades trascendentales e inalterables. Nos han enseñado los nuevos historicistas que los paradigmas del momento, como los del pasado, están situados en un contexto cultural e institucional que permite que nuestras prácticas críticas cobren significado. Para poder evaluar las posibilidades y límites de las teorías de las cuales nos servimos, me parece imprescindible entender las condiciones culturales que han dado lugar a estas teorías en primer lugar. Finalmente, una metodología teórica, si bien es incapaz de brindarnos soluciones definitivas a nuestros problemas críticos, nos concede un metalenguaje para poder reflexionar no sólo sobre nuestro propio acto crítico, sino también sobre nuestra propia posición respecto a las teorías del momento. Y esto es algo que nos hace falta a todos.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, R., «Writing and Revolution», en *Writing Degree Zero*, Trans. Annette Lavers and Colin Smith, New York, (Hill and Wang), 1984, pp.67-73.
- GREENBLATT, S., «Towards a Poetics of Culture», en *The New Historicism*, Ed. H. Aram Veenser, New York, Routledge, 1989, pp.1-14.
- GUILLORY, J., *Cultural Capital: The Problem of Literary Canon Formation*, Chicago, University of Chicago P, Chicago, 1993.
- LÓPEZ, I. J., *Galdós y el arte de la prosa*, PPU, Barcelona, 1993.
- MONTROSE, L. A., «Professing the Renaissance: The Poetics and Politics of Culture», Veenser, pp.15-36.
- VEESER, H. A., «Introduction», Veenser IX-XVI.